

La Formación Profesional y la desigualdad social

RAFAEL MERINO

Universitat Autònoma de Barcelona.

Correo-e: Rafael.merino@uab.cat

JOSÉ S. MARTÍNEZ GARCÍA

Universidad de La Laguna.

Correo-e: pepemart@gmail.com

Cuadernos de Pedagogía, Nº 425, Sección Monográfico, Julio-Agosto 2012, Editorial Wolters Kluwer España

La etapa de la Formación Profesional y la desigualdad han ido siempre de la mano. Los autores analizan las raíces de esta relación, desde un punto de vista social y educativo, y repasan las propuestas que se han impulsado en el ámbito escolar para romperla, así como sus límites y sus efectos perversos.

Hablar de Formación Profesional (FP) y de desigualdad social y educativa es hablar de una relación muy íntima, ya que el mismo origen de la Formación Profesional se pensó para la capacitación de las clases subalternas, primero fuera de la institución escolar, luego dentro del sistema educativo, pero con un rango menor a la vía noble escolar, el Bachillerato. Vamos a analizar en primer lugar las raíces de la desigualdad social para entender mejor el papel de la escuela en general y de la Formación Profesional en la reproducción de las desigualdades sociales. Después haremos un breve repaso de las propuestas que se han hecho para reducir estas desigualdades, en las que se ha tenido en cuenta directa o indirectamente la FP, así como de los límites y los efectos perversos de estas iniciativas. Acabaremos con una modesta propuesta para la acción socioeducativa.

La raíz de la desigualdad social: trabajo manual e intelectual

Aunque parezca banal recordarlo, la raíz de la desigualdad social tiene su origen en la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, una división que nos retrotrae a los mismísimos orígenes de la especie humana. Y esta división no era una mera cuestión técnica o de especialización evolutiva, tenía una profunda división moral y, por ende, política, como dejó claro en sus escritos Aristóteles, para la Grecia clásica, o como analizaron Karl Marx, Max Weber y Thorstein Veblen, en las sociedades europeas, en pleno desarrollo de la industrialización. A pesar de las formidables transformaciones que ha tenido la estructura social desde entonces, y reconociendo que en algunos casos la frontera entre trabajo manual e intelectual se ha hecho más difusa, en general se siguen manteniendo una serie de ejes de estratificación social.

Por un lado, el nivel en que el trabajo desgasta físicamente, bien por su dureza o por las condiciones de seguridad e higiene en que se ejerce, dimensión que subyace a la ruptura entre cuello azul y cuello blanco. Por otro lado, el periodo de tiempo necesario para lograr una competencia mínima en su desempeño, que diferencia entre trabajo cualificado y no cualificado. Algunos desarrollos recientes en sociología matizan estas dos dimensiones fundamentales con otra: la dificultad del empresario para controlar el trabajo. Así se plantea un tercer eje de estratificación: actividades en las que el empresario necesita confiar en el asalariado, como son las de gestión (Goldthorpe, 2010). La eterna polémica sobre el prestigio de la FP se deshace en buena medida si se tiene en cuenta que prepara para ocupaciones que en estos ejes de la estratificación social quedan en posiciones inferiores con respecto a las profesiones para las que prepara la Universidad. El prestigio de la FP es menor que el prestigio de la Universidad porque prepara para profesiones menos valoradas socialmente.

La segunda raíz ancestral de la desigualdad social es la que se establece entre trabajo productivo y trabajo reproductivo, que, como es bien sabido, atribuye tareas, estatus y recompensas diferentes a hombres y mujeres. Esto explica, como veremos más adelante, que la Formación Profesional tenga un sesgo de género muy marcado, porque se relaciona con profesiones consideradas femeninas (atención a las personas) y masculinas (mecánico, electricista...), aunque también podemos ver algunos pequeños cambios en la distribución del trabajo productivo (no tanto en la esfera reproductiva) que se traducen en cambios en los itinerarios formativos.

La desigualdad educativa: clasismo y sexismo en la FP

Buena parte de la sociología de la educación se ha dedicado a analizar la función de reproducción social de los sistemas educativos. Uno de los indicadores del clasismo de estos sistemas educativos ha sido la resistencia a incorporar estudios técnicos en el currículo. Las asignaturas vinculadas al ejercicio de oficios han sido consideradas siempre como una especie de profanación del templo del saber clásico (más bien clasicista) que se pensaba que era la escuela, en este caso la Escuela Secundaria. Esta resistencia aumentaba, a medida que las tasas de escolarización crecían, y que las capas medias y populares accedían a esta Escuela Secundaria. Ante el incremento de las cohortes que accedían a este nivel, la respuesta fue la diversificación curricular, dejando siempre un camino más selectivo y noble, y un segundo camino para los estudios aplicados.

En los años setenta, dos sociólogos franceses, Christian Baudelot y Roger Establet, analizaron cómo la división entre formación profesional y formación académica era el mecanismo de reproducción de las clases sociales. Aunque utilizaron un concepto topológico erróneo de doble red, destacaron que la conexión entre Enseñanza Primaria y Formación Profesional era el destino más probable de los hijos de la clase obrera, y que la conexión entre la formación secundaria y la formación superior era el destino más probable de la clase media. Pero hay que hacer un matiz importante: aunque la mayoría de los alumnos de FP tengan un origen social bajo, esto no quiere decir que la mayoría de los hijos de clase trabajadora vayan a la FP ni que las familias de clase trabajadora prefieran la FP al Bachillerato, pues, por ejemplo, mientras que los varones de clase obrera estudian FP en una proporción del 20% (Martínez García y Merino, 2012), cursan Bachillerato en un 30% aproximadamente (Martínez García, 2007). Esto muestra que las estrategias de movilidad ascendente de las clases bajas han centrado su inversión en el Bachillerato y la Universidad (Martínez Celorrio y Marín Saldo, 2011). Por eso no sería demasiado exacto hablar de clasismo en la FP (Carabaña, 1988), pues la presencia de las distintas clases sociales está más equilibrada que en el Bachillerato: la distancia entre la clase alta y obrera es de unos 40 puntos a favor de las clases altas en estos estudios, mientras que en la FP la distancia se acorta a 10 puntos a favor de los hijos de la clase obrera.

Respecto al sexismo, parece ser que la FP es el último reducto de las escuelas de niños y las escuelas de niñas. Existen familias profesionales en las que prácticamente

el 100% del alumnado son chicas (sanitaria, servicios a la comunidad o imagen personal) y el 100% del alumnado son chicos (automoción, metal, electricidad). Como decíamos en el apartado anterior, esta diferenciación responde a la división sexual del trabajo, y como se trata de un nivel postobligatorio, chicos y chicas deciden en qué quieren matricularse. Aunque se dan casos de elecciones "desviantes", la mayoría opta por lo que le dará más seguridad económica y emocional. En algunos casos de elecciones *a priori* desviantes no lo son cuando se miran con más profundidad. En un instituto especializado en Formación Profesional nos explicaban que si había un chico en el Ciclo Formativo de Grado Medio (CFGM) en Curas de Auxiliar de Enfermería era porque se quería sacar el carnet para conducir ambulancias, y también tenían el caso de una chica, que no tenía hermanos varones, y se matriculó en Automoción para heredar el negocio familiar, un taller mecánico.

También es cierto que la diversificación de familias profesionales ha favorecido algunas mixturas, como en la informática o la química. Pero aun así, persisten algunas diferencias. Por ejemplo, nos explica ban en un instituto con oferta de la rama de Química que existen dos ciclos, uno de laboratorio y otro de fabricación en planta. La mayoría de las chicas optan por el laboratorio, y la mayoría de los chicos por la planta, y evidentemente las plazas de formación en los centros de trabajo se corresponden con esta división, ya que las empresas quieren a las chicas en el laboratorio (por aquello de que son más pulidas y ordenadas) y no las quieren en planta (se ensucian, hay que poner lavabos separados...).

Una cosa parece cierta: a mayor nivel educativo, más posibilidades para las chicas de entrar en ámbitos tradicionalmente masculinos. Quizá el ejemplo más claro es la construcción: casi ninguna chica en los CFGM en Edificación y Obra Civil (8% en el curso 2009-10), casi un tercio (31% en el curso 2009-10) en Ciclos Formativos de Grado Superior (CFGs), y ya bastantes en las escuelas de Arquitectura (38% en Arquitectura Técnica y 49% en Arquitectura en el curso 2007-08).

Reformas comprensivas

La lucha contra la desigualdad social ha tenido, por decirlo de forma rápida y simplificada, una vía directa en la confrontación de los actores sociales por la apropiación de la riqueza producida en una sociedad, y una vía indirecta a través del papel atribuido a la institución escolar. Desde diferentes perspectivas de renovación pedagógica y social, numerosos autores -como Antonio Gramsci, Célestin Freinet o John Dewey- pensaron que la escuela podía ayudar a trascender la división entre trabajo manual e intelectual.

De forma más modesta, a partir de los años sesenta se impulsaron en toda Europa las llamadas "reformas comprensivas", que se plantearon dos grandes retos: retrasar la edad de diferenciación entre la vía académica y la vía profesional, para reducir el sesgo de origen en la elección de las vías, y diseñar un currículo integrado o tronco común que diera cuenta de los intereses variados de los adolescentes, sin que estuviera condicionado por el tipo de estudios posteriores. Pero estas reformas no disminuyeron las desigualdades educativas, incluso las aumentaron, ya que pronto se vio que el currículo integrado tenía un sesgo académico que acentuaba la correlación entre origen social y éxito o fracaso escolar (Carabaña, 2002), y alejaron la Formación Profesional como posibilidad de ascenso social de la clase media y trabajadora (Dronkers, 2008). La reforma introducida por la LOGSE, al endurecer los requisitos académicos para cursar FP, produjo una reducción generalizada de alumnos de estos estudios en todas las clases sociales (del 19% al 15%), pero la reducción fue mayor para la clase obrera (del 24% al 18%). Esta disminución no se compensó con una mayor matrícula en Bachillerato (Martínez García, 2007), sino con un aumento del fracaso escolar (Martínez García, 2012).

En España ha habido dos grandes reformas comprensivas. La primera fue *avant la lettre*, la Ley General de Educación (LGE), del año 1970, que, a pesar de ser una ley franquista, unificó la enseñanza Primaria e impulsó la Formación Profesional, lo que desvió el aumento de la escolarización del Bachillerato y favoreció la incorporación de las chicas en la Formación Profesional con la creación de la familia administrativa (Carabaña, 1997). Incluso en el diseño de la ley ya se optaba por una Formación Profesional de ciclos cortos, después de cada etapa educativa. Pero el contexto social, político y económico no dio para mucho, y en pocos años la imagen de la Formación Profesional quedó tocada porque se la vinculó al fracaso escolar (los chicos y chicas que obtenían el Certificado Escolar tenían que hacer FP1); por las elevadas tasas de abandono y repetición, sobre todo en la FP1, y por la escasa inversión en los centros que la impartían.

La segunda gran reforma fue la Ley Orgánica General del Sistema Educativo (LOGSE), del año 1990, que pretendía eliminar la doble vía, fundamentalmente a través de dos medidas, la exigencia del graduado en Secundaria para la continuidad de estudios tanto en el Bachillerato como en los Ciclos Formativos de Grado Medio, y la exigencia del Bachillerato para el acceso a los Ciclos Formativos de Grado Superior, es decir, la desconexión entre los dos niveles de Formación Profesional. Este diseño ha tenido como efecto una Formación Profesional más selectiva, como hemos señalado. Y este efecto ha puesto de relieve un tema clave: quién forma a los no formables.

Los Programas de Garantía Social que diseñó la LOGSE nacieron con el evidente inconveniente de que no conducían a ninguna parte y de tener, además, un nombre que garantizaba el estigma social. La Ley Orgánica de Educación (LOE) rectificó tímidamente esta situación con los Programas de Cualificación Profesional Inicial (PCPI), pero con la restricción de que solo se podían cursar, como norma general, si se había repetido curso. La Ley de Economía Sostenible de 2011, y su posterior desarrollo normativo, ha corregido esta situación, que suponía frustración para el alumnado y despilfarro de recursos para la Administración. Dicha ley también ha flexibilizado el paso entre los distintos niveles de Formación Profesional, y del Grado Superior con la Universidad, aunque todavía es pronto para medir sus efectos en los itinerarios formativos de los jóvenes.

Aumentar las oportunidades y la equidad

¿Cómo puede contribuir la Formación Profesional a aumentar la igualdad de oportunidades y la equidad educativa? A nuestro modesto entender, mejorando la conectividad entre niveles y etapas. Mucho se ha hablado en los últimos años de la "atractividad" de la Formación Profesional, a partir de un supuesto muy discutible: que el mercado de trabajo necesita más titulados en FP que titulados universitarios; y a partir de unas políticas educativas que buscaban restar estudiantes al Bachillerato y a la Universidad, cuando el dilema no es FP o Universidad, sino FP o fracaso escolar. Recordemos que la proporción de nuestros jóvenes que cursa estudios superiores es similar a la de los países de nuestro entorno, la gran diferencia la tenemos en el alto abandono escolar temprano y en el escaso peso de la FP media.

Una de las propuestas recurrentes para aumentar la atractividad es imitar el sistema de formación dual alemán. Desde que la FP se escolarizara con la LGE, han sido numerosas las voces que reclaman una mayor conexión con el "mundo real", es decir, con las empresas; y el sistema alemán ha sido presentado como modelo a seguir. Pero hay que tener en cuenta que el sistema dual también es selectivo: los alumnos con peor rendimiento académico (muchos de origen inmigrante) tienen dificultades para encontrar empresas donde realizar la formación dual. Y en términos de equidad, es más efectiva la conexión entre los diferentes niveles de la formación dual que la formación en las empresas.

Más que por imitar la formación dual, lo que ha hecho aumentar la matrícula de la FP estos últimos años ha sido la crisis económica (en el curso 2010-11, los CFGM y CFGs tenían 90.000 alumnos y alumnas más que dos años antes), ya que han disminuido los costes de oportunidad de seguir estudiando. Aunque no tenemos datos a nivel global (solo información desde algunos territorios), nos consta que el aumento de la demanda está generando tensiones y desplazamientos de jóvenes que se

quedan sin plaza, lo que no deja de ser paradójico. El reto está en elevar la tasa de retención y de graduación de estos jóvenes, y de los no tan jóvenes, que han vuelto a la formación.

En definitiva, la atraktividad puede hacerse más eficaz y más creíble si se basa en la conectividad. En primer lugar, creemos que la Formación Profesional puede tener un papel importante en la recuperación del fracaso escolar (es decir, la conexión de los PCPI con los CFGM), ya que con ello aumentan las oportunidades educativas y, por ende, las oportunidades laborales y sociales. En segundo lugar, también aumentarían las oportunidades de los jóvenes si tuvieran más fácil la conexión entre el Grado Medio y el Grado Superior. En tercer lugar, incrementar la conexión con la formación universitaria haría aumentar la equidad, ya que crecería la proporción de jóvenes de origen social bajo en la enseñanza superior. De hecho, ya está pasando, en los últimos años, con la modificación de la normativa de acceso a la universidad, y ya se han disparado algunas alarmas por la entrada "excesiva" de estudiantes de FP, otra muestra más del clasismo del sistema educativo. Aunque parezca paradójico, pensamos que la diferenciación que puede provocar esta conectividad es más inclusiva socialmente y da más oportunidades a chicos y chicas con menos recursos culturales y económicos.

para saber más

- Carabaña, Julio (1988): "La Formación Profesional de primer grado y la dinámica del prejuicio", en *Política y Sociedad*, n.º 1, pp. 53-68.
- - (1997): "La pirámide educativa", en Mariano Fernández Enguita (coord.): *Sociología de las instituciones de Educación Secundaria*. Barcelona: Horsori.
- - (2002): "Las políticas de izquierda y la igualdad educativa", en José Torreblanca (ed.): *Los fines de la educación. Una reflexión desde la izquierda*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Dronkers, Jaap (2008): *L educació com a pilar de la desigualtat. La política educativa europea: limitacions i possibilitats*. Barcelona: Papers de la Fundació Rafael Campalans.
- Goldthorpe, John H. (2010): *De la sociología*. Madrid: CIS.
- Martínez Celorrio, Xavier; Marín Saldo, Antoni (2011): *Educació i mobilitat social a Catalunya*. Barcelona: Fundació Jaume Bofill.
- Martínez García, José S. (2007): "Clase social, género y logro educativo", en *Revista de Educación*, n.º 342, pp. 287-306.
- - (2012): "Clase social y logro educativo", en *XV Conferencia de Sociología de la Educación*. València: Editorial Germania (en prensa).
- Martínez García, José S.; Merino, Rafael (2012): "Formación Profesional y desigualdad de oportunidades educativas por clase social y género", en *Tempora*, n.º 15 (en prensa).